

Recuerdo que la mujer muy alta llevaba un traje sastre gris y un paraguas cerrado; en la cabeza, un sombrero de dos picos, tal vez de hule, rojizo.

No hacía ruido al caminar, al acercarse a mi cama. Yo estaba despierto y no había iniciado aún el viaje. En la otra cama dormía X. Apenas se inclinó para besarme la frente y dijo, murmuró, dos palabras en un idioma desconocido. Sonreía y toda su cara vulgar brillaba cariñosa.

Cuando se alejó de mí, acercándose a la puerta y a los pies de la cama de X, su cabeza era una calavera con restos de carne verde podrida; alguna tira colgaba peligrosamente en el aire sofocante de la habitación.

Señaló los ojos dormidos de X con su paraguas, que me pareció no haber sido abierto nunca, y sonrió sin esfuerzo, mostró la dentadura sin labios.